

NUEVAS IDEAS SOBRE “LOS MODELOS Y LA REALIDAD”*

HILARY PUTNAM

En “Los modelos y la realidad” describí y traté de resolver un rompecabezas, o paradoja que, más que ninguna otra cosa, estaba tras los cambios sustanciales en mi posición filosófica que empezaron a ocurrir en 1976, y cuyas etapas iniciales quedaron registrados (aunque no en la forma en que preferiría hoy) en mi *Razón, verdad e historia*. El problema es realmente el de cómo la referencia es en absoluto posible;¹ sin embargo, en “Los modelos y la realidad” el problema se presenta bajo la forma de cómo es posible la referencia a entidades inobservables, tanto físicas (las entidades teóricas de la ciencia) como matemáticas (conjuntos, números y otros objetos abstractos). En ese ensayo argumenté que, no importa dónde tracemos la línea entre lo observable y lo inobservable, ciertos resultados de la teoría de modelos muestran que no existe, ni puede existir, entre nuestros términos y lo que se supone son sus referentes, una única “correspondencia” que satisfaga todos los requisitos operacionales y teóricos explicitamente establecidos por nosotros, o implícitos en nuestra práctica. Y lo que es peor, si tomamos como observables simplemente nuestras “impresiones sensibles”, entonces podemos incluso poner en duda la existencia de una correspondencia entre los nombres generales para las cosas observables —palabras como ‘mesa’ y ‘silla’— y sus referentes. Comienza, pues, a parecer como si una cosa “externa” dada no fuese intrínsecamente la silla en que estoy sentado mientras escribo estas palabras, más bien que un quark o la Torre Eiffel o la luna.

* Traducido del inglés por Francisco Rodríguez Consuegra y Roberto Torretti. Véase arriba, el último párrafo de la Advertencia de los Traductores en la p. 7.

¹ Para una explicación de este amplio tema véase “Realism and Reason”, en *Meaning and the Moral Sciences* (Routledge and Kegan Paul, 1978), y la introducción a mis *Philosophical Papers, vol 1; Realism and Reason* (Cambridge University Press, 1983).

AFTERTHOUGHTS ON “MODELS AND REALITY”

HILARY PUTNAM

In this paper I described and attempted to resolve a puzzle, or paradox, which, more than any other, was behind the substantial changes in my philosophical position that began to take place in 1976, the earlier stages of which are recorded (though not in the form I would prefer today) in my *Reason, Truth and History*. That problem is really about how reference is possible at all;¹ in “Models and Reality”, however, it is presented as the problem of how reference to unobservables, both physical (theoretical entities in science) and mathematical (sets, numbers and other abstract objects) is possible. In that essay I argued that no matter where we draw the line between the observable and the unobservable, results from model theory show that there is not and cannot be a unique “correspondence” (one satisfying all the operational and theoretical constraints which are either explicitly laid down by us or implicit in our practice) between our terms and their supposed referents. Worse, by taking the observables to be simply our “sense impressions”, we can even problematize the existence of a correspondence between general names for observable things— words like ‘table’ and ‘chair’—and *their* referents. It begins to look as if any given “external” thing is no more intrinsically the chair on which I sit as I write these words than it is a quark or the Eiffel Tower or the moon!

¹ For an explanation of this wider aspect see “Realism and Reason”, collected in my *Meaning and the Moral Sciences* (Routledge and Kegan Paul, 1978), and the introduction to my *Philosophical Papers, vol. 1: Realism and Reason* (Cambridge University Press, 1983).

Yo concebía mi argumento como una *reductio ad absurdum*, y no como un respaldo a su conclusión antiintuitiva (aunque algunos filósofos, notablemente W.V. Quine, aceptarían sin más la conclusión); mi forma de evitar la desagradable conclusión fue recurrir a lo que llamé “semántica verificacionista”. Cuando leí el artículo como alocución presidencial a la Association for Symbolic Logic, recalqué que nuestra comprensión del lenguaje reside en que sabemos usarlo. Y proseguí diciendo: “Hablar como si mi problema fuera éste: ‘sé usar mi lenguaje, pero ¿cómo voy ahora a fijarle una interpretación determinada?’ es un disparate. O bien el uso del lenguaje fija *de suyo* la ‘interpretación’ o *nada* puede fijarla.”

Lo que no vi cuando escribí esa oración es que la noción de “uso” puede en sí misma entenderse de formas distintas. La noción de uso que empleé entonces fue la de los cognitivistas, según la cual el uso puede ampliamente describirse en términos de programas de computación en el cerebro. Ciertamente, ni siquiera entonces pensaba que tal noción pudiera agotarse haciendo referencia a programas de computación en el cerebro. Me parecía que, para dar un cuadro más completo, no sólo habría que hablar sobre la organización funcional del cerebro del usuario del lenguaje, sino que además habría que especificar la clase de ambiente en que el usuario del lenguaje estaba inmerso. Así, mi noción de uso era un cábrelotodo: por un lado, el programa de computación en el cerebro y, por otro, la descripción de las causas externas de las palabras que emplea el usuario del lenguaje. El programa de ordenador en el cerebro determinaba las “condiciones de aseverabilidad” para las palabras del hablante, y las causas externas determinaban sus referencias objetivas—o eso es lo que se suponía que hicieran, ¿pero cómo, dado el rompecabezas descrito por mí?

Sin embargo, hay otro modo de concebir el “uso”. En esa versión alternativa (que ahora creo fue la del último Wittgenstein),² el uso de las palabras en un juego de lenguaje no puede describirse sin emplear el vocabulario de ese juego, o un vocabulario internamente relacionado con el vocabulario del juego. Si uno desea hablar del ‘uso’ de la oración “hay un conejo ante mí”, por ejemplo, uno tiene que hablar de percibir conejos. Y cuando hablo de percibir conejos estoy pensando en el pleno sentido de logro que connota un verbo como ‘ver’, según el cual ver un conejo es ver que eso que uno está mirando *es* un conejo.

² Cf. mi “Does the Disquotational Theory of Truth Solve All the Problems?” en *Metaphilosophy*, 22: 1-13 (1981), y también los capítulos 7 y 8 de mi *Renewing Philosophy* (Harvard University Press, 1992).

I intended the argument as a *reductio ad absurdum*, and not as an endorsement of this counterintuitive conclusion (although some philosophers, notably W. V. Quine would simply accept the conclusion); my way of avoiding the unpalatable conclusion was an appeal to what I called “verificationist semantics”. When I delivered it as a presidential address to the Association for Symbolic Logic, I emphasized that our understanding of our language consists in our mastery of its use. And I went on to say, “To speak as if *this* were my problem, I know how to use my language, but now how shall I single out an interpretation? is nonsense. Either the use of the language *already* fixes the ‘interpretation’ or *nothing* can.”

What I did not see when I wrote that sentence was that the notion of “use” can itself be understood in different ways. The notion of use I employed then was the cognitive scientist’s notion, that is, use was to be described largely in terms of computer programs in the brain. To be sure, even then I did not think it could be exhausted by reference to computer programs in the brain. To give a complete picture, I thought one would not only have to talk about the functional organization of the language user’s brain, but one would also have to specify the sort of environment in which the language user was embedded. Thus my picture of use was a portmanteau affair: there was the computer program in the brain, and there was the description of the external causes of the language user’s words. The computer program in the brain determined the “assertability conditions” for the speaker’s words, and the external causes determined their objective reference—or that is what they were supposed to do, but how? given the puzzle I described.

But there is another way to conceive of ‘use’. On this alternative picture (which, I now believe, was that of the later Wittgenstein),² the use of words in a language game cannot be described without employing the vocabulary of that game, or a vocabulary internally related to the vocabulary of the game. If one wants to talk of the ‘use’ of the sentence ‘There is a rabbit in front of me’, for example, one has to talk about perceiving rabbits. In speaking of perceiving rabbits, what I have in mind is the full achievement sense of such verbs as ‘see’, the sense in which to see a rabbit is to see that it is a rabbit that one is looking at.

² Cf. my “Does the Disquotational Theory of Truth Solve All the Problems?” in *Metaphilosophy*, 22: 1-13 (1981), as well as Chapters 7 and 8 of my *Renewing Philosophy* (Harvard University Press, 1992).

Naturalmente, el paso descrito tiene algo de una “vuelta a la inocencia”. A este propósito he mencionado a Wittgenstein; podría también haber mencionado a Strawson y Austin, o, retrocediendo a principios de siglo, a William James.³ Entre estos dos modos de entender el eslogan “el significado es el uso” la diferencia es radical. Interpretado del primer modo, el eslogan cuadra muy bien con una concepción científica; el uso de una oración arbitraria es algo que puede describirse en un vocabulario metateórico establecido, en términos de disposiciones a responder a “representaciones mentales”, o “*inputs neuronales*”, o algo por el estilo. Al aceptar una división tajante entre lo que está “fuera de la mente” y lo que está “dentro”, esa concepción hereda todos los problemas de la tradición cartesiana. El eslogan “el significado es el uso” no nos ayudará nada a responder la pregunta “¿cómo es posible que la mente (o el lenguaje) logre engancharse al mundo?”, si entendemos la noción de “uso” de ese modo.

Por supuesto, también hay problemas si entendemos el eslogan en la forma que acabo de proponer. La dificultad estará en ver cómo ese movimiento en la dirección de una inocencia buscada pudiera ayudarnos al cabo de tres siglos de filosofía moderna, para no mencionar un siglo de neurología y ahora de ciencia cognitiva. El problema consistirá ahora en *mostrar la posibilidad* de lo que llamé una “vuelta a la inocencia”, o a lo que James llamaba “realismo natural”. Sin embargo, me parece que ésa es la dirección en la que necesitamos movernos, y en publicaciones ulteriores espero explorarla más a fondo.

Está también el problema con el que “Los modelos y la realidad” mayormente se ocupa: ¿cómo dar cuenta de la referencia a entidades inobservables?⁴ Creo que ese problema no es muy diferente del problema de la referencia a entidades observables. Si, como ahora pienso, el hecho de que la percepción no sea infalible no es razón para postular un intermediario (un conjunto de “datos sensibles”, en el cuadro cartesiano tradicional, o una “representación mental” en el de la “ciencia cognitiva” contemporánea) entre la persona que percibe y el objeto percibido, entonces el hecho de que la percepción a veces se valga de instrumentos científicos no cambia significativamente la situación. En suma, lo que espero poder argumentar es que la percepción —incluyendo la que requiere instrumentos científicos— es un ejercicio de conceptos, por tanto no “inocente”, y ciertamente no infalible; pero a la vez, ello no obstante, una forma de contacto *directo* con los objetos externos. Pero ese es un tema para otro artículo.

³ Véase “James’s Theory of Perception” en mi *Realism with a Human Face*.

⁴ Un problema adicional, desde luego, es el de cómo dar cuenta de la referencia a objetos matemáticos. Actualmente pienso que es mejor no verlo en absoluto como un caso de referencia a objetos; espero desarrollar esta idea en futuras publicaciones.

There is, of course, something one might call a “second naïveté” about the move I just described. I mentioned Wittgenstein in connection with it; I could also have mentioned Strawson or Austin, or, going back earlier in the century, William James.³ The difference between these two understandings of the slogan “meaning is use” is stark. Taken in the first way, the slogan fits nicely into a scientific picture; the use of an arbitrary sentence is something that can be described in a fixed metatheoretic vocabulary, in terms of dispositions to respond to “mental representations” or ‘neural inputs’ or something of that kind. By accepting a sharp division between what is “outside the mind” and what is “inside”, that picture inherits all of the problems of the Cartesian tradition. “Meaning is use” will not help one bit with the question “How do mind (or language) succeed in hooking on to the world?” if one understands the notion of ‘use’ in *that* way.

Of course, there are also problems if one understands the slogan in the way I just proposed. The difficulty will be in seeing how such a move in the direction of deliberate naïveté can possibly help after three centuries of modern philosophy, not to mention a century of brain science and now cognitive science. The problem now will be to *show the possibility* of a return to what I just called “second naïveté”, or what James called “natural realism”. Nevertheless, it seems to me that that is the direction in which we need to go, and in forthcoming publications I hope to explore that direction further. There is also the question with which the present essay mostly deals: how to account for reference to unobservables.⁴ I believe that that question is not so very different from the question of reference to observables. If, as I now believe, the fact that perception is not infallible is no reason to postulate an intermediary (a collection of “sense data”, in the traditional Cartesian picture, or a “mental representation” in the contemporary “cognitive science” picture) between the perceiver and the object perceived, then the fact that perception is sometimes with the aid of scientific instruments does not change the situation significantly. In short, what I hope to be able to argue is that perception —including perception which requires scientific instruments— is at once an exercise of concepts, and hence not “innocent”, certainly not infallible, but, for all that, a mode of *direct* contact with external objects. But that is a topic for another essay.

³ See “James’s Theory of Perception” in my *Realism with a Human Face*.

⁴ A further problem, of course, is how to account for reference to mathematical objects. My present view is that this is best not thought of as a case of reference to objects at all; I hope to develop this idea in future publications.